

Dolores

Desempeña oficios de peón en las obras del Lazareto. Amasa la cal; lleva y trae, con fuertes manos, los cubos; bruñe con asperón o limpia a hierro los quicios graníticos de ventanas y puertas; enlucce los cristales; transporta sobre su cabeza enormes capazos rebosantes en tierra o en escombros. Cobra un jornal de seis reales diarios; trabaja nueve horas y embellece con el deajo melancólico de sus cantares la soledad de esta isla.

También la embellece con su gentil persona. Porque el peón, que invierte nueve horas de su día en rudas faenas y cobra por las faenas seis reales de jornal, es una hembra de veintidós años.

Bella es la moza, con belleza donde, igual que en estas montañas y estas aguas, junto a las cuales halló la moza cuna, se mezclan bríos y dulcedumbres para componer maravilla...

En el Lazareto nació. Va para cincuenta años que sus padres llegaron a él, como empleados subalternos. Mil pesetas de sueldo tenía el padre entonces; mil tiene ahora. Cierto que no ha ascendido mucho; pero, en cambio, ha tra-

bajado mucho, ha enterrado en este cementerio dos hijos y vive seguro de que en el mismo cementerio les enterrarán a él y a su compañera. Siempre es un consuelo saber en qué sitio vamos a dormir el sueño último.

A decir verdad, el Gobierno español, que por tan cabal modo ha cumplido sus deberes internacionales con la instalación del Lazareto, no fué muy pródigo para quienes dentro de él hacen servicio o desempeñan cargos.

A diez reales por día tocan los empleados subalternos; en proporción van los de mayor rango.

Ahora nos llegó un bacteriólogo que cobra sus dos mil pesetas anuales, y eso temporalmente, mientras dura el crédito para este menester. El hombre estudió seis años de carrera y se ha pasado tres o cuatro dejando la vista sobre los microscopios a fin de penetrar eso de las bacterias. El esfuerzo fué grande; pero convengamos en que cuatrocientos duros al año tampoco son grano de anís.

Menos mal que la isla San Simón es de virtudes altamente prolíficas, y sus dependientes cuentan por ristras los engendros.

Claro que esta roñosería para sueldos de los empleados oficiales no es peculiar al lazareto. En todas las dependencias del Estado español acaece la propio. Se retribuye a la gente con avariciosa parquedad, y después de ello,

se le exige que sea asidua, activa y proba. Lo admirable es que suele serlo.

—El presupuesto de gastos no estira más— dirán esos señores de las cifras aritméticas y algebraicas que manipulean con la Hacienda española.

—Es—respondo yo—que, con la mitad de empleados, más bien retribuidos y seguros de que no andarán sus puestos a merced de la voluntad de un cacique, de la recomendación de una guapa hembra o de electorales cubiletos, estarían mejor los servicios y se ahorraría el Estado unos millones de pesetas.

Mientras se resuelve el problema, pasan los padres de Dolores con sus diez reales de jornal y con los seis que, cuando hay trabajos extraordinarios en el Lazareto, trae a casa la moza. Los otros hijos viven por su cuenta, constituyendo hogares tan mezquinos como el paterno.

Un solo hijo varón habita con los dos ancianos, y está enfermo, incapacitado para toda labor.

¡Pobre joven! Cuando la dolencia no le retiene en cama, le veo pasar junto a mí, encorvado, flaco, envejecido, con andares de viejo que se acompañan a los sonos de una tosecilla cavernosa. Algunas veces me acerco al banco donde suele asentar y platico con él. Es muy triste la conversación de este muchacho

que añora sus muertas energías, y recuerda sus arrestos de pescador con voz débil que la tos entrecorta. Envuelto por los rayos del sol, tiritita bajo ellos, como bajo un manto de nieve. La madre Naturaleza tiene crueldades inauditas.

Dolores es hermosa, con la hermosura majestuosa de las hijas norteñas.

Sus cabellos, de un rubio obscuro, dan contra la espalda hechos trenza; sus ojos, grandes y soñadores como hechos a abarcar las extensiones oceánicas y a medir la altura de las cumbres, brillan melancólicos entre el áureo pestañal; en los nácares del cutis lucen unos labios muy rojos y unos dientes muy blancos; la nariz es firme, de sonrosados ventanillos; la frente se curva con artística suavidad hacia los arranques del pelo; la barba encuadrada sobre una garganta redonda. En la sonrisa hay luz; en las pupilas ensoñadoras claridades.

El cuerpo, donde afirma tan gallarda cabeza, es de anchos hombros, de línea opulenta en el moldaje del pecho, de suave trazo en la cintura, de sensual remarque en las caderas. Estatuaria es la pierna que hasta su mitad descubre el zagalejo; blancos y carnosos los brazos, que remangados lleva.

Así es la isleña moza. De modelo serviría a un pintor para resucitar en lienzos a la fuer-

te e indomable Tusnelda, que entró por las calles de Roma amarrada al carro Germánico.

Dolores va descalza por las rocas del Lazareto; engarfiando sus manos ásperas a los cubos, afirmando contra su cabeza las espuestas de escombros; amasando la cal; limpiando los quicios de granito a golpe de asperón o de hierro.

Bien vestida, reclinada en los almohadones de un milord o sobre los cueros de un automóvil, pasaría, entre la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres, recibiendo homenajes. Ahora pasa bajo el emparrado dejando que el viento acaricie sus pobres vestiduras, llevando en un plato substancias que la caridad y la compasión ofrendan a su hermano enfermo.

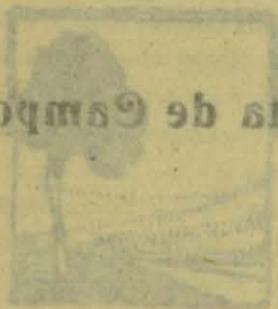
Así va la moza que gana seis reales de jornal; la criatura de belleza, condenada a vivir en miserable siempre; hoy con sus padres, mañana con un jornalero campesino o con un pescador.

Si un día, harta de privaciones, esa criatura, hoy honrada, aprovechando su belleza, la pusiera a contribución para sacar de ella mejor y muy placentero existir, ¿qué se diría de Dolores?

Seguramente que era una mala, una despreciable mujer.

Los que se divierten y disfrutan del mun-

LA CARTA DE CAMPOAMORINO



—Don Joaquín, ya que está con la pluma, ¿quisiera escribirme una carta?

—¿Para quién?

—Pues, para mi novio, que anda en tierra de moros, en esa guerra de Melilla, donde le tocó ir por su suerte. Una semana se cumple desde que recibí la suya; ya que usted es bueno y ya que tiene en la mano la pluma, hágame el favor de escribirle cuatro garabatos de su letra, para que vea el hombre que no se le olvida por acá. ¿Quiere hacerlo?

—¡No he de querer, muchacha!

Doblo el papel sobre la mesa, enristro la pluma y volviendo rostro a la vecina de este Lazareto que me pide el favor, pregunto:

—¿Cómo se llama el novio?

—Anselmo Pereira, señor.

—¿Qué le escribo? Vamos, dicta, mujer.

—Dígale que recibí su carta y que me alegro de que siga tan bueno; dígale que por acá estamos todos buenos; dígale que nos acordamos de él todos, dígale...

—Que le quieres mucho. ¿No es eso?

La moza clava en tierra los ojos; el rubor enciende su cara, y el poema campoamorino,

la divina carta, redactada, escrita y comentada por un cura viejo y una moza trémula de amor, se hace una vez más realidad bajo los mirtos, entre balbuceos de la gentil gallega y plumazos de este escritor, que anda por la isla en planta de cartujo.

—¿No aprendiste a leer y a escribir?—pregunto a la muchacha según, tras cerrarlo, pongo la dirección al sobre.

—No, señor. En mi pueblo son pocos los que saben de letra. Mi pueblo es Cesantes, y no hay escuela dentro de él. Los que deprender quieren, junto a Redondela han de llegar. Y está lejos, y en el invierno se ponen los caminos muy malos. Las criaturas resbalan contra los pedruscos de las trochas. A más, han de llevarse el «conque» para los mediodías. No es cosa de que hagan el viaje cuatro veces. Somos pobres, señor. Siempre, se puede aviar algo para toda la familia junta; para uno sólo, y sabiendo que otros han de mirarlo, no siempre se puede. De manera que, por unas cosas o por otras, de los doscientos niños entre seis y doce años, que viven por Cesantes, una docena, «cuantimucho», aprenden de lectura. Los demás quedan tal que yo. ¿Qué va hacerle? De niños, es casi imposible. De mayores, ya es tarde.

El problema del analfabetismo en esta poética Galicia se me ofrece con toda su crudeza

por los sinceros y rojos labios de la criatura aldeana.

Cesantes es una concreción, un símbolo de la aldea gallega, de las Humanidades analfabetas que se desarrollan bestialmente en la quiebra de esta montaña; en los valles que la montaña cinturea, en las playas que se abren sobre el mar, en los regatos que pagan al Miño el limpio tributo de sus pasos.

El analfabetismo alcanza en Galicia proporciones aterradoras. Y es extraño, habiendo, como hay tantos prohombres políticos gallegos que, pacífica y aprovechadamente, tienen establecido turno para usufructuar la nación.

Parecía lógico que, por amor del terruño siquiera, porque el país donde nacieron no apareciese en el mapa de la cultura como una mancha bochornosa, pusiesen los tales prohombres empeño en fundar escuelas, centros de enseñanza donde el campesino gallego, luego de aprender a leer, a escribir, a contar, a lo necesario a comportarse en hombre, encontrara escuelas prácticas de agricultura donde se adiestrase en los modernos sistemas de cultivo para labrar y fecundar la tierra al uso moderno, no al modo de sus antepasados celtas, que es, sobre poco más o menos, el que aún se estila por aquí.

¿Verdad que es extraño este abandono edu-

cativo en que tienen a su Galicia los grandes caciques gallegos? Bien es asimismo verdad que los grandes caciques andaluces hacen lo propio; y que van a su zaga, sin retrasarse mucho, algunos adelantándose, como en Extremadura, los grandes caciques extremeños, murcianos, castellanos... ¿A qué seguir? Todos los caciques de España. En esto de la ignorancia, ya que no lo hemos alcanzado en lo de la «penetración pacífica», ocupamos sitio preferente.

Que era extraño, dije antes, el abandono educativo en que dejan a sus respectivas regiones los grandes caciques.

Si bien se mira, no es extraño; es muy natural. Cuanto más ignorante sea un hombre, más fácil será de engañar, de fanatizar, de regir. Puede que a tal consideración obedezcan los abandonos.

¡Extráñame de que la ignorancia y el analfabetismo abunden en los campos y en las aldeas españolas! ¿Pues no está ahí Madrid proclamándolos por boca de 40,000 niños, que no saben leer y escribir?

¡Ay, señores ministros de Instrucción; ay, señores directores de primera enseñanza; ay, señor alcalde de la villa y corte!, ¿cuándo y cómo, con caciques o sin caciques, va a dejar de ser el pedagógico baldón que se llama Enseñanza pública española?

¿Cuándo ponemos honradamente mano a esta obra de la educación nacional que, unida con la colonización nacional, nos enaltecería y nos honraría ante el mundo culto más que los pavoneos internacionales y la empresa ridícula de colonizar a Marruecos?

De frontera adentro debemos mirar y trabajar, si queremos vivir.

Mejor que ningún héroe y más que ningún «penetrador pacífico», sería consagrado y reverenciado por la posteridad aquel ciudadano español por cuya obra ningún hijo de España sufriera la pena horrible de exclamar, como la heroína de Compoamor:

—¡Quién supiera escribir!...



una óvata. En los días de la corte
de los reyes de España, el
de los reyes de España, el
de los reyes de España, el

A mí vienen adoloridas, en carta enlutada que me escribe a nombre de una huérfana, quien, por su epístola, ha de ser excelente y cándida señora. Prueban su excelencia el amor del prójimo, los nobles anhelos de justicia que los párrafos del escrito envuelven; prueban su candidez, la de presumir que este escritor puede con su pluma lograr que la huérfana encuentre amparo, que la injusticia de que es víctima se repare.

¡Ay, señora mía, grave error sufre usted! A los escritores se nos lee y se nos aplaude algunas veces; muy pocas se nos hace caso; y si los llamados a hacérnoslo son gobernantes españoles, diga usted que ninguna.

El hecho es de tal naturaleza que sorprendería y asombraría a todo recto espíritu, sin anacronismos, y contrasentidos e injusticias tiene su fundamento.

Un comandante de la guardia civil, muerto para cuatro años va, deja una hija natural en el mundo. La hija, que es sin otros hermanos, está reconocida por el padre en fe de bautismo legalizada y en dos testamentos, uno con fecha de la última campaña de Cuba y

otro ológrafo. En los dos se declara la existencia de la hija, que ha vivido junto al padre desde el nacer y a quien el padre reconoce por su heredera única.

Única herencia del soldado es también el haber que a huérfanas de militares toca. Creyendo, ¿cómo no?, que a tal haber tiene derecho, la hija lo reclama y el Estado español se lo niega.

¿Por qué? ¿Por que existen dudas a propósito de su condición de hija única y verdadera del muerto? No; porque el muerto la hubo sin arrodillarse con la madre ante un cura, para que catolizara el ayuntamiento y sin favorecer a sus amigos con un chocolate nupcial.

Pero ¿no es hija suya—dirán todos los juicios rectos y todas las conciencias honradas?—¿Qué importa la falta de este o el otro requisito para que esa hija tenga derecho a ser tratada, considerada, servida como a tal en todos sus derechos y relaciones?

Claró que yo, aparte de mis ideas sobre herencias, haberes pasivos, legalizaciones, fes de bautismo, etc., etc., pienso y hablo lo propio.

Si el padre, en este caso, por su condición militar, por un pacto que el Estado firmó con él, tiene derecho a que sus hijos reciban del Estado, a la muerte del padre, este u el otro

auxilio, ¿por qué ha de negársele al hijo que el padre reconoce, so pretexto de que no casó, para engendrarlo, frente a un juez o ante un cura?

¿No es suyo el hijo? ¿No fué sembrado por él en vientre de mujer? ¿No lleva su sangre, su nombre? ¿No es pedazo de su carne y de su alma? Tal vez por el hijo sólo, sólo atento al porvenir del hijo, expuso el soldado heroicamente la existencia en un combate y otro. Tal vez por él, nada más que por él, llegó a todo arresto para acrecentar sus galones, para que, con el acrecimiento de los galones, aumentara, a su muerte, la mensualidad que el Estado entregase al huérfano.

Y cuando el huérfano, cuando la huérfana—en este caso es una mujer desvalida,—acude al Estado en demanda de su orfandad, el Estado se encoge de hombros, le dice: Tú no eres legítima, mi protección sólo reza con los legítimos. Tú eres una hija natural, y a mis leyes la Naturaleza, madre de todos y de todo, no les importa ni significa nada.

¡Hijos legítimos, hijos ilegítimos!... ¿Hay calificación más absurda? ¡Derechos distintos para los unos y los otros! ¿Hay hecho más injusto?

¡Todos los hijos son legítimos! ¿Qué mayor legitimidad que la de ser concebidos con arreglo a leyes de la Naturaleza? Todos son

iguales. ¿Qué mayor igualdad que la de ser todos paridos por vientre de mujer? ¿Qué crueldad mayor que la de extender a los hijos, si ellas fueren, las culpas de los padres?

Aquí, bajo estos mirtos, en estas bellas soledades, donde triunfa la Naturaleza en reina y legisladora única, parecen más absurdas, más desatentadas, las leyes sociales por que todavía nos regimos los hombres.

Si a estos pájaros que vuelan sobre mi cabeza o forman nido entre las ramas de los árboles; si a estos insectos que por las flores zumban; si a estas gaviotas que en las peñas rebrincan; si a estos peces que por entre el agua colean, viniesen a decirles: Vuestras crías no son todas iguales ante la paternidad y la manutención, ¿qué responderían las bestias del aire y las bestias del océano?

Decir a las aves, a los insectos, a los peces de esta isla: Tal hijo vuestro, concebido a la hora meridiana, tiene derecho a mejor alimento, dado por nosotros, que tal otro hijo, concebido a la hora del crepúsculo; los pajarillos engendrados a la luz de la aurora, podrán volar con las dos alas; los que lo sean a la hora del ocaso, no volarán más que con una; la libación en claveles y rosas queda prohibida para los insectos cuyos padres no se ayuntaron bajo el soplo de las brisas del

Este; la rebusca entre algas, para los peces que no germinaron entre rocas.

¿Qué responderían estos animales de la isla si tal dicho llegara a ellos y si pudieran responder?

Responderían: Todos nuestros hijos son iguales; la Naturaleza no los diferenció. ¿Quién es la bestia, más bestia que nosotros, a quien tamaño disparate, tan enorme injusticia se le entró por los sesos?

«El hombre»—sería menester contestarles.

Los hombres de hoy—habría que adadir,—víctimas de preocupaciones, de creencias absurdas, de errores contra Naturaleza, por cuya obra la ley social y la organización social, son para muchos, para la mayor parte de ellos, hacha de verdugo, y no báculo de sostén.

¡Ay, señora mía, la de la noble carta; ay, huérfana infeliz del soldado que no casó ante curas y jueces!, aún es pronto, en nuestro país, para la justicia que reclamáis.

Esperemos a que vengan con otras, que acaso no se tarden.



De cara a las Gies

Al pie del muelle principal atraca una lancha automóvil. Son mis amigos del «Felisa», que vienen a saludarme en este Lazareto. El barco entró ayer en bahía, y el capitán, Barrosa, y el segundo, Alfonso Menéndez, han aprovechado su primera hora libre para venir con los brazos abiertos hacia su antiguo compañero de navegación por los mares de España.

Su presencia evoca todos los recuerdos de los cuatro meses que junto a ellos pasé a bordo del «Felisa», desafiando temporales, saboreando calmas, sufriendo en el puente los alfilerazos de la lluvia, burlando bajo la toldilla los incendios del sol, dejándome acariciar por brisas querenciosas o sacudir por indómitos huracanes.

Todo aquel pasado viene a mí de golpe, mientras mis dos manos oprimen las de los marinos astures. Preguntas y respuestas van de labio a labio.—¿Y Saturno?—Quedó enfermo en Gijón; ya está en convalecencia; el viaje que viene seguirá rumbo con nosotros.—¿Y Máximo? ¿Y el insigne mayordomo Corcino? ¿Y el villagarciano contraamaestre?

¿Y Salvador?—Bien, todos; bien, todos—me responde Alfonso, queriendo en vano buscar guías a su bigote japonés.—Y todos te esperan a bordo para comer juntos la «fabada»—interrumpe cordialmente Barrosa.—De suerte que por hoy das mano a tus faenas. En cuanto visitemos el Lazareto, embarcas, y a Vigo con nosotros. La lancha, que a bondades de un amigo debemos, te traerá al Lazareto a la noche, si no la quieres pasar con nosotros. Sabes que en el «Felisa» tu camarote está siempre listo. Sigues perteneciendo a la dotación en clase de piloto honorario.

No hay escape. Aun habiéndolo, no lo aprovecharía. Cambio mi traje lazaretista por otro más propio al respeto de la ciudad y, ¡hala! hacia Vigo, por entre las aguas de la hermosa bahía.

Es la hora meridiana. El mar, terso, inmóvil, sin una ondulación, es zafiro, sobre cuyas facetas los rayos solares se descomponen en multicolores partículas. El astro esplende bajo un cielo sin nubes; las embarcaciones pescadoras dormitan, negreando entre las perezosas aguas; las gaviotas sestean en las peñas; el aire va manso, apenas si en el espacio vibra. Ruidos únicos de aquel silencio, palpitations exclusivas de quietud tan solemne, son los giros de la hélice removiendo las olas, dibujando espirales argentinas contra

ellas; son las explosiones del motor sucediéndose con periodicidad uniforme. Nosotros no hablamos; con los ojos en éxtasis y con el espíritu en adoración seguimos este desfile de bellezas que el paisaje generoso nos brinda.

Atrás queda la ensenada de San Simón, con sus pueblecillos empenachados de pinares y de eucaliptus, con sus caseríos de muros blancos y de roja techumbre, con su isla lazareto; parece ésta un navío enorme que, ante el espectáculo de Naturaleza tan sublime, dejó caer a un tiempo las tres anclas, para no levantarlas nunca, para disfrutar de aquella belleza eternamente.

Al fondo se dibujan las Cies, temblando, como si hechas fueran de gasa, entre los tenues cortinajes violeta con que las toca la meridiana luz. Por nuestra izquierda van asomando entre verduras, enlazados los unos a los otros por una cadena de caseríos, Cedeira, San Fausto, Tehir, La Guía... El tren pasa coronándose de humo, trepidando contra los rails, pitando triunfador, los puentes franqueadores de los abismos entre montaña y montaña abiertos. A mi derecha, Domayo, Moaña, Meira, El Cou y Cangas, desfilan en cinematógrafo. Vigo, cimeado gallardamente por El Castro, reverbera como un joyel. Los bajos que abren calle al Atlántico negrean en planta de monstruos. Aun a esta hora de reposo y

dulzura, el Océano ruge al entrar y salir por ellos, y sus fauces de piedra babea la espuma de las olas.

Mar y montaña se confunden, se compenetran a tal punto en este paisaje maravilla, que es, a no gran distancia, imposible decir dónde el Océano comienza, dónde la montaña termina. Los verdes serranos se pierden en los verdes marítimos; éstos ascienden por las monteses faldas; sólo el blanco festón de espumas, que bordan las olas al romper, marca la línea divisoria, y aún, aún, no muy clara. Parecen las espumas del mar a veces plantel de blancas margaritas balanceadas por el aire; a veces remedan los planteles de margaritas, espumas deshechas del Atlántico.

Alegre y fraternal es nuestra comida a bordo del vapor gijonés. Entre vaso y vaso de sidra se deslizan las horas; las canciones astures se pierden a lo largo de la bahía. No hay un astro en el cielo; los faroles de los buques como pupilas rojas; el mar respira ancho, en largos alentares rítmicos.

El «Felisa» va a levar anclas.

—¡ Buen viaje! —¡ Hasta la vuelta! —Abrazos... Protestas de amistad... Después, yo, a la lancha automóvil; ellos, al Océano, a seguir bregando sobre él, peleando con él desde la cubierta de un buque.

En silencio y un sí es no es triste doy rum-

bo al lazareto; la obscuridad acrece sus tristezas. Inclinado sobre la borda, sigo el fosforeo de las aguas; cada giro de la hélice se marca en ellas como el resplandor de un incendio; los peces al deslizarse entre las ondas, dibujan ígneas estelas; son estrellas fugaces resbalando por un cielo que, a cuenta de tenderse sobre la altura, ascendió del abismo por un capricho demoníaco.

A lo lejos entona un pescador los dulces cantares gallegos; los remos acompañan su copla. Mi lancha sigue su viaje en las tinieblas, dejando a su espalda un reguero de luz...

Bandera amarilla

